



NUESTRA SEÑORA DE LUJAN

CAPITULO XIV

La Perla del Plata, ó sea Nuestra Señora de Luján en la Argentina

SUMARIO.—I. Buenos Aires. II. Origen de la santa imagen. III. El negrito Manuel. IV. La imagen en Luján. V. El actual santuario. VI. La coronación. VII. El templo en construcción. VIII. Peregrinaciones.

I

BUENOS AIRES

Cerca de tres siglos han trascurrido desde que en la Confederación Argentina empezó á tributarse culto á una devota imagen de Maria, que ha llegado á ser de las más famosas de la América y del mundo entero. Encuéntrase el santuario en una villa de 3700 almas, distante doce leguas de Buenos Aires, que los viajeros recorren en dos horas sentados en los coches de cómodo ferrocarril. Denominase la villa de Luján, del río que la baña, el cual á su vez debe el nombre á un capitán español que pereció en él ahogado, al perseguir á los salvajes que cubrían estas tierras.

Luján es un lugar privilegiado, pues sin intervención de los hombres, fué su fundadora la Inmaculada Madre del Salvador, como se verá en el decurso de la presente reseña. Mas antes haremos ligeras indicaciones acerca de Buenos Aires la ciudad más bella, comercial y populosa de toda la América Latina.

Hállase situada á los 34° 37' latitud sur, á la margen derecha del río de la Plata en una llanura ligeramente ondulada al norte y con algunos montecillos al este. La extensión superficial que ocupa es de 18.000 hectáreas.

Buenos Aires ofrece el espectáculo de las más bonitas ciudades europeas. Cuenta edificios públicos y particulares, que son verdaderos palacios y causan admiración al viajero que la visita. Los palacios del Gobierno ó *Casa Rosada*, de Justicia y Arzobispal, el Congreso, la Municipalidad, los Bancos, la Aduana, las estaciones de los ferrocarriles, Hospitales, Colegios, figurarian con honra en capitales del viejo mundo por su grandiosidad, elegancia y sólida construcción.

Entre los templos descuella la Catedral, edificio sencillo á la par que bello y majestuoso, con fachada de orden corintio, y muy semejante al célebre Partenón de Atenas.

Entre sus avenidas es notable la de Mayo, de 30 metros de ancho y kilómetro y medio de largo, que, arrancando de la plaza de su nombre, va á terminar frente al Congreso nuevo, siendo dignos de admirarse los espléndidos edificios que se observan en toda su extensión, todos de seis pisos y de variada arquitectura. Otro tanto podía decirse de las avenidas Alvear, Callao, Montes de Oca, y de las calles Florida, Santa Fe, Corrientes, que, cruzando en todas direcciones la ciudad, la hermosean en gran manera.

La plaza *Once de Septiembre* tiene extensos jardines y es uno de los lugares más amenos de recreo de la población. La plaza de Mayo, ó de la Victoria, es hermosísima, tiene 335 metros de larga por 188 de ancha. En el centro álzase sobre esbelta columna la estatua de la Independencia, y á sus costados dos magníficas fuentes de bronce. Frente al palacio del Gobierno se eleva la estatua ecuestre del general Belgrano. También son

notables entre los paseos públicos el parque *Tres de Febrero* con sus jardines botánico y zoológico muy bien provistos y con una extensión de 200 hectáreas, la Recoleta y el parque Lizana cultivado con esmero y buen gusto.

Para el movimiento de los habitantes en una ciudad tan extensa hay once compañías de tranvías, además de innumerables coches.

El puerto de Buenos Aires es de los mayores y más cómodos del mundo. Se ha canalizado el inmenso río de la Plata en una extensión de varias leguas, y así los buques y vapores de mayor calado pueden entrar hasta los amplios diques de piedra separados por puentes giratorios y colocados en línea recta en una longitud de cuatro kilómetros.

Cuatro de esos diques están destinados á los buques de ultramar y dos á los vapores que hacen la carrera por los caudalosos ríos Uruguay, Paraguay y Paraná, que forman la cuenca del Plata.

Para formarse idea del comercio, baste decir que en 1900 entraron en el puerto 2728 buques. El comercio de importación fué de doscientos cincuenta y dos millones ciento veintiocho mil doscientos sesenta y cinco pesos oro, y el de exportación doscientos tres millones doscientos setenta y cinco mil ochocientos treinta y uno.

Fundó esta ciudad el Adelantado don Pedro de Mendoza el 2 de Febrero de 1535; pero en Diciembre del mismo año los indios guaraníes incendiaron la población, y los fundadores tuvieron que reembarcarse. Juan de Garay la reedificó en 1580 en el mismo sitio. En esa fecha tenía sesenta habitantes, y ha ido creciendo la población en el decurso de los años de un modo raras veces observado en otra ciudad. En 1774 sus habitantes eran once mil doscientos veinte; en 1800, cuarenta mil;

en 1870 ciento ochenta y seis mil; y según el último censo se aproximan á un millón.

II

ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN

Cuenta la historia que allá por los años 1630 atravesaba las inmensas llanuras ó pampas que separan la ciudad de Buenos Aires de la cordillera Andina en marcha hacia los virreinos de Chile y del Perú, debiendo pasar en el tránsito por Córdoba de Tucumán, una caravana formada de carretas tiradas por bueyes que conducían preciosas mercaderías y jinetes que las escoltaban.

Este medio de locomoción primitivo, largo, pesado y monótono, era el único que se conocía y empleaba en América. Sin embargo, para el espíritu aventurero de la época, una expedición tenía los prestigios del romanticismo sentimental unido á los atractivos caballerescos del peligro. Los españoles no dominaban sino en los sitios que habían ocupado con la cruz ó con la espada, mientras los indios salvajes, los aborígenes, se consideraban dueños absolutos de las pampas inmensas como el océano y no cesaban de invadir el recinto que la civilización había arrebatado á su dominio.

Tres días llevaban ya los viajeros de su penoso caminar, cuando llegaron á orillas de la Cañada de la Cruz, lugar distante como cinco leguas del punto en que hoy se levanta el santuario de Luján. Resolvieron hacer alto y pasar la noche en los ranchos ó chozas que formaban el poblado de la estancia perteneciente á D. Rosendo de Oramas. Tal era la costumbre de aquellos tiempos. Se viajaba de día, y al caer la tarde se detenían á encomendarse á Dios por medio de humildes plegarias, re-

parar las fuerzas con frugal cena y apacible sueño, quedando alguno de vigilante escudriñando los más remotos puntos del horizonte, por si divisaban indios que pudieran acometerlos.

La mañana siguiente, después de sueño profundo y reparador, se dispuso la comitiva á emprender con nuevos bríos el camino, pues era largo el que debía recorrer. Uncieron los bueyes al yugo de las carretas, y todo á punto, dan la voz de ¡adelante!, y los vehículos rompen otra vez su lento caminar por aquella dilatada llanura. Pero apenas comienza la marcha, oyen voces extrañas y gritos descompasados; por lo que la expedición hubo de detenerse. ¿Qué podría ser la causa de aquel inesperado contratiempo?... Una de las carretas que formaba parte del convoy no podía moverse de su puesto. ¡Fenómeno singular! La carreta conservada en buen estado, su carga exactamente la misma que en los tres días precedentes, los animales gruesos y robustos, el terreno enjuto y bien compacto, por donde rodaban sin esfuerzo los demás carros; y con todo, el misterioso vehículo no se meneaba un punto, como si una fuerza superior oculta le hubiese enclavado en la tierra desierta. Le uncieron nuevas yuntas de bueyes, juntó el hombre las energías de sus brazos al esfuerzo de las bestias, se excitó el arranque con la aguda pica y con las voces de los impacientes carreteros; pero todo fué en vano; aquellos robustos esfuerzos que en otra ocasión hubieran arrastrado otra carga cien veces más pesada cual si fuera leve pluma, aplicados á esta carreta en la Cañada de la Cruz, quedaban siempre paralizados sin lograr resultado alguno.

Aquellos sencillos creyentes miráronse con espanto unos á otros, quedando como mudos á vista del fenómeno admirable que se verificaba ante sus ojos, y comprendieron que allí había algo extraordinario y sobre-

natural, y sintieron que un religioso respeto sobrecogía el alma y embargaba todas las fuerzas del espíritu. ¿Qué significan estas maravillas? ¿Qué quiere el cielo de nosotros?... Esto decían en su interior los afortunados viajeros.

En la carreta, objeto de tanta expectación, se contenía sin duda la más preciosa de cuantas mercaderías conducía el convoy. Había en ella dos cajones muy bien cerrados, iguales ambos en peso y dimensiones, conteniendo cada cual una devota efigie de María bajo la muy simpática advocación de su Concepción Inmaculada. Habíalas encargado á un su amigo del Brasil cierto piadoso portugués, habitante de Sumampa, pedanía de la provincia de Córdoba, con el noble fin de colocar alguna en la capilla erigida en su estancia, distante cuarenta leguas de poblado. Celestial inspiración iluminó en aquellos instantes la mente de algunos de los allí presentes: «que bajen de la carreta uno de los dos cajones» exclamaron. Lo ejecutan; pero los nuevos ensayos para hacer adelantar el vehículo resultaron infructuosos. Suben inmediatamente á la carreta el primer cajón y descargan á su vez el que antes había quedado en ella; y ¡cosa admirable! la carreta echó á andar al instante sin ningún género de esfuerzo.

Ya habían comenzado á cumplirse los planes de Dios y de María Santísima sobre aquella imagen veneranda; ya se habían vislumbrado los amorosos designios del cielo sobre aquellas felices tierras. Todos los allí presentes comprendieron muy bien el lenguaje de tan grandes maravillas. La benditísima Virgen, que en la Cañada de la Cruz se había negado á pasar más adelante, había escogido aquellos sitios, donde quería ser especialmente venerada y repartir á manos llenas sus favores á cuantos con amor se acercasen á sus plantas. Allí sentó sus reales, no en medio de populosa ciudad, ni

tampoco en la cumbre de escarpada montaña cubierta constantemente de frondosidad y exuberante vegetación, sino en mitad de la pampa, quedando expuesta á las correrías y atropellos de los indios bravos, quienes se paseaban asolando todo el país y continuaban creyéndose soberanos dominadores de la comarca, á pesar de las fuerzas militares de la metrópoli.

La efigie es de barro cocido y mide poco más de 418 milímetros; representa la Purísima Concepción, viste traje rojo y manto azul celeste, las manecitas juntas se abren paso por una abertura practicada en la túnica y guardan actitud humilde y suplicante. En toda ella se revela tal dulzura, tan fina expresión, que arrebató el alma y conmueve las fibras más delicadas del corazón.

Luego de recibir las rendidas adoraciones de sus primeros devotos, fué trasladada procesionalmente y en hombros humanos á la mejor habitación de que pudo disponerse en la modesta vivienda de D. Rosendo de Oramas, á cuyos solícitos cuidados la entregó el conductor de la favorecida carreta.

Éste fué el primer oratorio que tuvo Nuestra Señora de Luján; pero como los que habían conducido las carretas hasta la Cañada de la Cruz, los unos al seguir para Córdoba, los otros al regresar á Buenos Aires, iban esparciendo la nueva del milagro, pronto la casa de Oramas fué pequeña para contener tantos peregrinos ansiosos de contemplar la imagen é implorar remedio para sus infortunios. De tal manera cautivó María á los fieles de Buenos Aires, que las costumbres se morigeraron en alto grado, y el mayor mal que temían era desagradar á la Madre bondadosa que había querido hospedarse entre ellos. Pensóse pues en construirle una capilla menos indigna de su excelencia soberana.

Insuperables parecían los obstáculos que se atravesaban de por medio para llegar á la realización del de-

seado proyecto. Levantar un templo en aquella época y en medio de las soledades inmensas del desierto, era verdaderamente obra colosal. La falta de árboles en la pampa hacía difícil toda construcción. En la Cañada de la Cruz y en las márgenes del río de Luján no había otra madera que la que podían ofrecer algunos sauces llorones. Sin embargo, el amor y el celo vencen imposibles. Aquellos devotos de María deseaban tanto obsequiar á su Madre y Señora, que se resolvieron partir á las lejanas islas del Paraná, de donde trajeron las maderas y los juncos que sirvieron para fabricar las paredes y el techo de un vasto oratorio. Allí se vieron cada año millares de devotos peregrinos que desde todas las partes de la República iban á postrarse á las plantas de la Inmaculada Virgen para ofrecerle el tributo de su adoración y vasallaje y pedirle mercedes, que ella repartía abundantemente.

III

EL NEGRITO MANUEL

Muy valiosos dones se regalaron á la Virgen de Luján en la época referida; pero ninguno tan útil como el que le hizo el Sr. Oramas de un niño esclavo, arrebatado de sus cálidos climas del África, para obligarle á trabajar en alguna de las haciendas de la América en la vil condición de las bestias.

Dios se ha siempre complacido en valerse de los más humildes instrumentos para llevar á cabo sus amorosos designios. Jesús escogió como piedras fundamentales de su Iglesia á doce rústicos pescadores del lago de Tiberiades. No pudo ser más pequeño el origen de la religión destinada, en frase de Macaulay, á vivir tanto cuanto la humanidad viva. Para revelar al mundo las

riquezas y ternuras de su Corazón deífico, el Salvador se fija en una candorosa virgen del convento de Parayle-Monial, la Beata Margarita María de Alacoque.

La Santísima Virgen ha seguido en esto las huellas de su divino Hijo. Para dar á conocer al mundo y propagar la Medalla milagrosa se vale de una joven novicia de las Hijas de la Caridad, la Hermana Catalina Labouré; para establecer una oficina de milagros en Lourdes, escoge una pobre pastorcilla de catorce años, la dichosa Bernardita Soubirous; si quiere invitar á los hombres á que desarmen con la penitencia la justicia irritada del Omnipotente, se aparece en la Saleta, el 19 de Septiembre de 1846, á dos niños pastorcitos, llamados Melania Mathieu y Maximino Girant; en el cerro del Tepeyac de Méjico se manifiesta al felicísimo indio Juan Diego, dejándole impresa en su tilma la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que fué el imán que atrajo á los habitantes del Anáhuac á profesar el cristianismo, y es hoy la dulzura y la esperanza de los mejicanos. Así, para conservar el culto de su portentosa imagen de Luján, escogió al negrito Manuel.

Era Manuel niño africano, esclavo de D. Rosendo de Oramas. Había presenciado con no pequeña sorpresa el milagro de la carreta, y por ahí cobró grande devoción á la imagen prodigiosa. Era de ocho años cuando, dándole su señor honrosa libertad, le destinó á servir perpetuamente al culto de la Virgen y procurar la decencia y limpieza de la capilla poco antes construída. Es imposible describir el gozo y alegría que inundó el alma del negrito cuando pudo trocar la ignominiosa esclavitud en que había yacido hasta aquel día por otra servidumbre, por otra esclavitud infinitamente gloriosa, cual es el servicio de la incomparable Madre de Dios y excelsa Reina y Soberana de cuanto existe.

Consagrado en alma y cuerpo á la Señora, pasó más

de cuarenta años cuidando del oratorio y de cuanto se refería al culto de María Santísima. Él colocó delante de la imagen la silenciosa lámpara, que desde entonces acá en el largo correr de los años no ha dejado ni una sola hora de despedir sosegado resplandor; él propagó incansable el amor y devoción á la Virgen de Luján. Recibía á los peregrinos, escuchaba las relaciones de los favores recibidos y los enternecía refiriéndoles las maravillas obtenidas por la Virgen. Fué testigo irrefragable de prodigios sin número y curaciones milagrosas que se efectuaban á cada paso en su misma presencia, ya con el sebo de las velas que ardían en el altar, bien con el aceite de la lámpara, ó en fin con el uso de otros objetos insignificantes, y aun tal vez despreciables, pero que la piedad de los fieles miraba como reliquias de precio inestimable por haber servido al esplendor y ornato de la casa de María. Las tradiciones, que se conservan de esa época relativas á Nuestra Señora de Luján, están impregnadas de aroma de candor y poesía que obligan al alma á bendecir al Altísimo.

Cuentan las crónicas que Manuel se familiarizó tanto con la celestial Señora, que en los sabrosos y encendidos coloquios que con ella tenía, llegó á extremos de ternura que nos traen á la memoria el osado cariño de un Bernardo y de un Alfonso Rodríguez. He aquí lo que refiere el historiador Maqueda.

«La inocente simplicidad del negrito era tal, que algunas veces trataba á la Virgen con extremada familiaridad. Fué el caso que, habiéndosele hecho una capilla á la Virgen y estando ya colocada la imagen en el nicho, reparó Manuel que algunas noches faltaba del nicho, y por la mañana ya la encontraba en él; pero con el manto y saya lleno de abrojos y cadillos y por las fimbrias polvo y algún barro; y en estas ocasiones él decía: «Señora mía ¿qué necesidad tenéis vos de salir

de casa para remediar cualquier necesidad, siendo como sois tan poderosa? ¿Y cómo vos sois tan amiga de los pecadores que salís en busca de ellos, cuando veis que os tratan tan mal?» (1).

Pasaron los años, y el niño africano se convirtió en hombre. Murió D. Rosendo de Oramas, y la codicia de sus herederos pretendió hacer del esclavo de la Virgen de Luján el siervo de los hombres. Manuel tuvo conciencia de su derecho y de su deber. Negó tener otro amo que la Sma. Virgen, y lleno de fe en su protección, huyó de los que pretendían volverle nuevamente á la servidumbre, y se dirigió á Buenos Aires, reclamando ante los tribunales su libertad. Alegó que, aunque no estaba manumitido en toda forma de derecho, fué cedido por el Sr. Oramas á la Virgen milagrosa. Obtuvo espléndido triunfo, porque los jueces sentenciaron á su favor. Desde entonces se consagró exclusivamente á custodiar el sagrado depósito que se le había confiado. Cerca del altar de su Soberana constituyó su hogar, allí nacieron sus hijos, y la familia murió y se extinguió cerca del trono de María.

El celo inspiró á Manuel una obra digna de todo encomio. Viendo que la ermita de la Virgen era demasiado pobre y pequeña para el concurso de fieles que allí venían en devotas romerías, se impuso la tarea de recorrer el país mendigando una limosna á vueltas de penalidades y fatigas sin cuento; y merced á sus exquisitas diligencias, pudo legar en la hora de su muerte la suma de catorce mil pesos fuertes para el engrandecimiento del templo de su Señora, suma bien respetable si se atiende al valor relativo del dinero en aquellos años y á la pobreza de la gente entre quienes se colectaba.

(1) *Verdadera Historia de Ntra. Sra. de Luján*, por D. Felipe José de Maqueda, pág. 6.